

Del director:

A una amiga.

El tiempo en la actualidad transcurre a una velocidad inusitada, formulación bien subjetiva pues los días siguen teniendo 24 horas; el razonamiento pudiera estar condicionado por la siguiente pregunta ¿cuánto nos ha cambiado la vida en el último año? Habrá tiempo para la remembranza. A pesar de ello hay emociones que no nos abandonan. Las personas dedicadas a la preservación de la memoria histórica de la nación, por regla general, convierten los sentimientos en pasión y defienden el principio de que para seguir hay que constantemente dar un vistazo a lo andado; este acto siempre dará cordenadas importantes para buscar derroteros adecuados. Cuidar las huellas es un gesto inapreciable y no siempre bien reconocido. Elda Cento Gómez, a quien se dedica este número de *Senderos*, fue fiel defensora de este principio, con su visión martiana y claridad de pensamiento. Fue una intelectual «a capa y espada», ese telón en que algunos se refugian y que los hace perder la oportunidad de llevar una vida desenfadada ante los avatares constantes de la existencia ella lo supo llevar sin vanaglorias, lo cual le permitió ser querida y apreciada como camagüeyana auténtica, como cubana de pura cepa.

Elda formó parte del Consejo editorial de esta revista, escribió y opinó oportunamente sobre el desempeño de la misma. En la Oficina del Historiador de esta ciudad desempeñó una fecunda labor como historiadora e investigadora. En los últimos tiempos los especialistas de la OHCC enfrentamos disyuntivas en materia de investigación histórica e indudablemente en este campo su ausencia ha sido notoria. Ella fue una persona importante para mí y para la institución. Dedicarle esta edición de *Senderos* es una modesta contribución al legado que nos dejó, lleno de amor y pasión por la historia del país que la vio nacer.



Lic. José U. Rodríguez Barreras
Director OHCC.

Sumario



Nuestra cubierta
Elda Cento Gómez (1952-2019).

Contracubierta
Antigua calle San Francisco de Asís,
actual Antonio Luaces.

Edición semestral
enero-junio/2021
ISSN 1814-2893

*Revista de la Oficina del Historiador
de la Ciudad de Camagüey.
Segunda época.*
Independencia nro. 311, e Ignacio
Agramonte y General Gómez
Teléf.: (32) 287631
Email: editorial@ohcc.co.cu
Web: www.ohcamaguey.cu

Director:
Lic. José U. Rodríguez Barreras

Consejo editorial:
Dra. C. Lourdes Gómez Consuegra
Dra. C. Mabel Chaos Yeras
Dr. C. Manuel N. Montejo Lorenzo
Dr. C. Henry Mazorra Acosta
M. Sc. Aracely Aguiar Blanco
M. Sc. Yanetsy León González
M. Sc. Iván Mora Domínguez
M. Sc. Yahily Hernández Porto
Lic. Yoandra Santana Perdomo

Especialista principal de la editorial:
M. Sc. Irma Horta Mesa

Edición y corrección:
Lic. Yisell Pérez Peña
Lic. Diana de la Caridad Vela Mayo
Lic. Elizabet López Pi

Diseño:
Luis Omar Álvarez Díaz



03. Respeto a una vida y una obra

*Irma Horta Mesa
María del Carmen Barcia
Yoel Cordoví*

Reflexiones sobre la historiadora
Elda Cento Gómez desde la
perspectiva de la Dra. C. María del
Carmen Barcia y del Dr. C. Yoel
Cordoví, con palabras introductorias
de la M. Sc. Irma Horta Mesa.



08. Perfiles de Aurelia Castillo

María Antonia Borroto

Aurelia Castillo de González en sus
vínculos con Julián del Casal.



13. Jorge Santos Díaz y el peso específico de la memoria

Jorge Santos Caballero

Análisis de la obra pictórica del
camagüeyano Jorge Santos Díaz.



21. Por los senderos de una inolvidable camagüeyana: Elda Cento Gómez

Sheila Barros Fals

Entrevista *collage* acerca de la vida y
obra de Elda Cento.



26. Panorama de un sueño hecho realidad

*Caridad M. González Edwards
Lourdes María Cepero Estrada*

Un acercamiento a los orígenes de
la Sala de Conciertos José Marín
Varona.



31. De la Casona Tímina a la Casa Quinta Simoni

Jesmir Varona Socías

Para un nuevo aniversario del Museo
Casa Quinta Simoni.

Respeto a una vida y una obra

Irma Horta Mesa

Especialista principal de Ediciones El Lugareño.

Fotos: Archivo de la OHCC y archivo personal de Ariel Machado Cento.

En este artículo hemos querido regalar a nuestros lectores dos miradas sustanciales hacia Elda Cento Gómez; la primera por la Dra. C. María del Carmen Barcia, Premio Nacional de Historia 2005, quien asume la responsabilidad de expresar las palabras para Elda Cento al recibir el Premio Nacional de Historia 2015 en la Feria Internacional del Libro, celebrada en La Habana el 21 de febrero de 2016, y la segunda del Dr. C. Yoel Cordoví Núñez, presidente de la Unión Nacional de Historiadores de Cuba, quien realiza su intervención en el espacio «El autor y su obra», en la Sala Rubén Martínez Villena de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana el 23 de noviembre de 2016.

Por la trascendencia de ambos momentos y la presencia de Elda en ellos, hemos decidido presentar los escritos que documentan tales eventos en el primer artículo, dedicado a honrar su memoria.

En estos textos, cercanos en el tiempo y la intención, confluyen consideraciones que ofrecen una misma contemplación de la vida y la obra de la historiadora. Nos aproximan a su idiosincrasia, su personalidad, su quehacer con expresiones como «ha contribuido a esclarecer ángulos de nuestro pasado muy especialmente de la región camagüeyana», «disfruto de la expresión oral de nuestra homenajead», «esa elegancia muy camagüeyana con la que transmite sus conocimientos», «sus éxitos como profesora», «una historia con rostro humano».

Haberla conocido y haber disfrutado de sus enseñanzas en disímiles escenarios es la fortuna que muchos podemos compartir ante el dolor de su temprana pérdida. Gracias, maestra.



Pinceladas para un retrato. Palabras de elogio a Elda Cento al recibir el Premio Nacional de Historia

María del Carmen Barcia

Cuando yo era niña, los cuentos infantiles siempre comenzaban diciendo: «había una vez» y después contaban una historia, que podía ser de hadas o de brujas, pero que siempre terminaba con un final feliz. La historia también cuenta desde metarrelatos, diríamos hoy, hasta historias de la gente común y la investigan primero y la escriben después hombres y mujeres enamorados de un oficio que da mucho trabajo y proporciona pocos estímulos materiales.

Por lo general, los historiadores, hombres o mujeres, atraviesan un tiempo humano, en el que tal vez solo serán recordados por alguno



Elda Cento Gómez recibiendo el Premio Nacional de Historia 2015.

se consolidaba en esos días de improductiva economía, pero de altos resultados humanos.

La carrera profesional de Elda Cento ha sido muy destacada, es profesora auxiliar y académica correspondiente de la Academia de la Historia y pudiera ser titulada y también académica de número, lo digo sin ambages, si no fuera algo tozuda, porque ambas denominaciones requieren del doctorado y cualquiera de sus últimas investigaciones le hubiera proporcionado esa categoría académica, tanto por el rigor que ha demostrado en sus pesquisas como por la manera en que las ha escrito. Entre libros compartidos o individuales, ha escrito

que otro de sus libros y es por esto que los homenajes y premios no deben ser baldíos. Si empezamos por el final de esta historia que nos convoca, diríamos entonces que Elda Cento ha dejado una obra escrita que la identificará en el futuro como una de las investigadoras que más ha contribuido a esclarecer ángulos de nuestro pasado, muy especialmente de su región camagüeyana.

No obstante, prefiero ir al principio y comenzar por el «había una vez» en que una adolescente de pelo muy largo y ojos asombrados llegaba a la Escuela de Historia de la Universidad de La Habana para estudiar una carrera que sentaría las bases de su futuro. Como el tiempo trascurre con una velocidad provocadora, ocurre que han pasado cuarenta años y lo apunto sin agravios, porque en este cuento que narro, yo fui su profesora. Elda fue una excelente alumna, la recuerdo en el aula, atenta y disciplinada, acumulando buenas notas, pero también en el trabajo que eufemísticamente llamábamos productivo, porque en la práctica, con poco o nada, contribuíamos a la economía del país. Ocupábamos una derruida casa-albergue de la antigua provincia pinareña, donde después del trabajo, mientras todas, alumnas y profesoras, conversábamos de mil cosas, Elda trataba de desenredar su larguísima cabellera. En aquellos años, la relación respetuosa siempre entre alumnos y profesores



o participado en la redacción de treinta y nueve obras.

Sus inicios como investigadora estuvieron vinculados a don Gustavo Sed, historiador con mayúsculas del Camagüey, cuestión que se evidencia en el *Atlas biográfico mayor general Ignacio Agramonte y Loynaz*, editado en 1989, y en *Visión de la Guerra: correspondencia de Consuelo Álvarez de la Vega (1895-1897)*, que vio la luz pública en 1997. Estoy segura que Elda recuerda a su mentor y maestro en el día de hoy.

Su labor como coordinadora de los *Cuadernos Principeños* ha ocupado en los últimos años buena parte de su tiempo, pero no ha sido en balde, porque en cada uno de esos pequeños opúsculos se refleja la historia de Puerto Príncipe en múltiples facetas.

Quisiera destacar sus últimos libros: *Nadie puede ser indiferente. Miradas a las guerras (1868-1898)*, publicado por la Editorial Oriente en 2013, y *De la primera embestida. Correspondencia de Ignacio Agramonte (noviembre de 1869-enero de 1871)*, editado por Ciencias Sociales en 2014, y lo hago no solo porque ambas obras hayan sido premiadas, sino porque desde sus imaginativos y sugerentes títulos, pasando por el adecuado y profesional uso de una información factual apreciable, hasta culminar con una redacción amena, atractiva, elegante y cuidadosa, constituyen un ejemplo del nivel alcanzado por los estudios regionales en nuestro país. Los camagüeyanos tienen que sentirse orgullosos de Elda Cento.

También deseo expresar que disfruto de la expresión oral de nuestra homenajeada, de su perspicacia para captar la atención de los oyentes, del contenido siempre enjundioso de sus relatos, de su manera muy particular de exponerlos y también de esa elegancia muy camagüeyana con la que trasmite sus conocimientos. Estos elementos han contribuido, indiscutiblemente, a sus éxitos como profesora. Y es que cada maestro, con mayúsculas, debe ser una especie de aprendiz de brujo, capaz de encantar a los estudiantes e iniciarlos en sus mil caminos futuros. El aula es un laboratorio en que alumnos y profesores comparten formas y métodos de hacer y en el que subliminalmente el profesor enseña, con su propia expresión subjetiva, no solo conocimiento, sino cultura.

Sin duda, Elda Cento ha logrado con su trabajo, su dedicación, su presencia, su saber y su forma de educar, que bien se sabe, es mucho más que enseñar, el reconocimiento que en el día de hoy se le tributa.

Reconocer el éxito de otros es mérito de todos y es ese el reconocimiento que he querido

resumir en estas breves palabras. Son mi pequeño homenaje a quien en su momento fue mi alumna y hoy me devela nuevos saberes que incorporo a los míos.

Elda Cento Gómez. Miradas a la guerra

Yoel Cordoví Núñez

«El Año Nuevo había llegado cargado de presagios. Los festejos, a pesar de su animación, habían tenido aquel halo que se crea cuando se tiene la sensación de que algo tremendo está por suceder. Las mujeres, más preocupadas que los hombres, pero toda la familia —reunida alrededor de los abuelos— brindó en la medianoche del 31 de diciembre por Cuba Libre». Así comenzaba la historiadora Elda Cento Gómez la descripción de un día cualquiera de su ciudad principeña el primer año del estallido de la guerra de 1895.

Como extraído de una novela de Balzac trascurre el relato sobre las experiencias de una familia blanca de la alta sociedad camagüeyana conmocionada por el conflicto anticolonial. Las escenas, que se suceden entre la plácida descripción del buen tabaco del abuelo en su ritual de sobremesa, el jarabe de savia de pino de Lagasse que tomaba la tía para calmar la tos y el delicioso boniato blanco rallado al que se le añadía el almíbar clarificado, comienzan a incorporar otros motivos que prefiguran el cambio abrupto que tendría lugar en la segunda quincena de febrero de 1895. Del sosiego hogareño se asistiría así al estremecimiento repentino provocado por el retumbar de las balas y el fuego.

No es la partida del marqués de Santa Lucía y de otras figuras destacadas del mambisado hacia los campos insurrectos lo que centra la atención del lector, sino el inicio de un nuevo día. De pronto, los personajes del Puerto Príncipe cotidiano que nos cuenta Elda, sacados de documentos, fotos y prensa locales, se incorporan con notoria relevancia a la articulación de la trama bélica: el barbero, el mensajero de la farmacia San Rafael, el yerbero Nápoles, los aguadores cobran rostros contorneados finalmente por la imaginación y la elegancia de la escritura de nuestra autora.

Elda Cento en la maqueta del Potrero de Jimaguayú, 2015.



Incorporado a modo de epílogo, «Un día de la ciudad de 1895» cierra el conjunto de ensayos que integran la obra *Nadie puede ser indiferente. Miradas a las guerras (1868-1898)*, publicado por la Editorial Oriente en 2013.

No se trata de una aventura intelectual para quien, agotada por una jornada, tal vez no menos turbulenta que la narrada en su historia, llega a su hogar y decide desasir los cientos de páginas de nuestra profusa historiografía militar. Elda Cento tan solo enriquece con nuevas lecturas los modos de acercarse a un pasado en los que convergen hombres, mujeres y hasta niños implicados en eventos históricos traumáticos. La cultura de la violencia en condiciones de guerra es más que el discurrir de grandes héroes identificados con una causa, es una manera de enfrentar la vida cuando la muerte acecha y la piel, como el alma, deviene depositario de cicatrices, muchas veces mortales, sin deparar en jerarquías, sexo o condición humana.

A esas cicatrices nos acerca la historiadora camagüeyana. No son las respuestas lo que más le motivan en sus resultados de investigaciones, sino las preguntas. El deleite del inicio de quien mira cada palmo del bosque a través y a pesar de los árboles. En modo alguno es tarea fácil, se requiere oficio y cultura, el fino olfato para hurgar y hallar la preciada información, el ejercicio de una heurística que trasciende el escudriñamiento en acervos de cartas, circulares, partes militares del gran jefe, el dato exacto que testifique la genialidad táctica del gallardo Ignacio Agramonte o los reportes de bajas sufridas en determinado combate. La perspectiva histórico-social a la que se acerca nuestra homenajeadada parte de la metáfora cavernaria referida por Marc Bloch, cuando advertía que el verdadero historiador es como el ogro; olfatea allí donde huele a carne humana.

Y en esa búsqueda Elda se adentra en la historia del hombre y mujer comunes, en la densidad de la simbología compartida, como puede ser la representación del corte del cabello por las damas del Camagüey cuando el fusilamiento de Agüero, los colores en su vestimenta, las cintas y las flores portadas por las mujeres en plena guerra de los Diez Años, o los significados de la conversión de templos católicos en cuarteles u hospitales militares españoles en el

imaginario popular. En ese afán de tomarle el pulso a la sociedad, como quien pretende aprehender la existencia material y espiritual en cada segmento de esos largos y azarosos diez años bélicos, hurga en los añejos papeles de los archivos y bibliotecas de su Puerto Príncipe y de toda la Isla, revisita diarios, memorias, autobiografías y cartas, en busca de indicios, de miradas al margen, en los intersticios que emergen en la espesura de relatos consagrados. O, en palabras de Michel de Certeau, se trata de un modo de hacer que busca desprenderse de las estructuras para luego incorporarse a los márgenes narrativos donde actúan e interactúan los «héroes comunes» hacia «el coro de los figurantes amontonados a los costados», con culturas y modos de vida desplazadas también hacia los márgenes de las narrativas o, sencillamente, descartadas de todo relato.

En el centro de las inquietudes de Cento Gómez, más que el cómo o el cuándo un hombre o una familia se internan en la manigua, interesa el porqué lo hacen, qué resortes emocionales mueven al individuo a enrolarse en semejantes eventos, qué puede pasar por sus mentes días antes de abrazar otras condiciones de vida o la propia muerte. En su esclarecedor y delicioso ensayo «Por los senderos del amor: mujer y familia», la autora se pregunta: «¿qué significaban Cuba y la patria para los habitantes, en su mayoría iletrados, tanto en un punto perdido en el lomerío oriental como para los de una estancia dedicada a la fabricación de cazabe en el norte del Camagüey?» o, más concretado al comportamiento femenino: «¿por qué las mujeres se fueron a la guerra, llevando consigo hijos y otros familiares no aptos para el servicio de las armas?»

Sin descartar el sentido ideal patriótico encontramos en su narrativa otras respuestas; también otras preguntas. Considera oportuno tener en cuenta a otras figuras que conforman el universo de ese soldado de fila que, caído o no en campaña, pasa a integrar la proverbial construcción etimológica que lo reduce a «la fuerza», «la tropa», «los hombres» de algún alto jefe militar. Para Cento ese hombre dentro de la tropa construyó una familia y redes de relaciones de compadrazgos o de clientelas previas a la guerra, en modo alguno desestimables para entender el sentido movilizador de los vínculos

humanos establecidos. Desde esa perspectiva, la historia de las guerras de independencia no se inicia en el monte, ni siquiera en las reuniones masónicas previas al estallido de octubre, escenarios de consumación de una idea, sino que se retrotrae a la intimidad del hogar, allí donde cada pieza de morada devenía espacio fundante de complicidades y fidelidades mayores.

Pero el interés por las actitudes de los hombres comunes y los modos de pensar su propia guerra en Cuba y, en particular, en la patria chica, la *matria* —en términos del mexicano Luis González—, no se circunscribe al bando cubano. La historia de sus dos abuelos, el Gómez mambí y el Cento, devenido soldado voluntario español a los diecinueve años de edad, lleva a Elda a incursionar también en la historia de voluntarios como Leopoldo Cento Esperanza, integrante del Batallón de Cazadores de Simanca, así como de los también jóvenes soldados provenientes del Servicio Militar, reclutados para defender la integridad de la Madre Patria en la lejana colonia de ultramar.

De la subsistencia del español en combate, las causas y el número de defunciones, las desercciones, la incorporación de quintos a las fuerzas mambisas trata el capítulo «Hijo quinto y sorteado, hijo muerto y no enterrado». Al igual que en el resto de los ensayos, se impone la poesía en la prosa ágil y elegante. No es el número de muertos, la cifra aislada, el contrapunteo estéril de la suma de heridos y defunciones de ambos bandos lo que aquí interesa. Elda compara por edades y estado civil los fallecimientos de quintos y militares profesionales, tiene en cuenta las procedencias regionales, los tipos de enfermedades que padecían, las condiciones en que eran trasladados los enfermos y heridos. En rigor, una historia con rostro humano.

Rostros que incluyen a los esclavos, a los que la autora les dedica varios ensayos en el libro. Esta incursión renovadora por los senderos de la historia social de las guerras independentistas implica otros desafíos, no menos sugerentes y aportadores, como cuando se adentra en la historia política, en el bregar de las grandes personalidades de su tierra camagüeyana. La relación de Ignacio Agramonte con Amalia Simoni a través de sus correspondencias, las cartas de Consuelo Álvarez de la Vega y el quehacer

político-militar de Joaquín Agüero y Salvador Cisneros Betancourt permiten ahondar en múltiples aristas y pasajes del quehacer de estas figuras que, a todas luces, enriquecen los análisis y sientan pautas en los debates historiográficos sobre personalidades y temas polémicos. Tal es el caso del apartado que le dedica en su libro al Marqués, bajo el título «El gran ciudadano», dedicado a las posiciones de Cisneros Betancourt en las constituyentes mambisas.

¿Cómo la autora llegó a concebir el libro *Nadie puede ser indiferente?* La propia Elda ha expuesto su deuda contraída con esa otra gran aventura intelectual, emprendida hace ya tres lustros, que lleva por título *Cuadernos de historia principieña*. En sus páginas experimentó el placer de adelantar resultados, de exponer tempranas ideas, tal vez solo compartidas inicialmente en complicidad con su amigo el historiador holguinero José Abreu Cardet. Asimismo, en los *Cuadernos* la autora y principal gestora encontrará el intercambio provechoso con fieles y entusiastas colaboradores de las más diversas especialidades, historiadores, arquitectos, filólogos, filósofos, editores, músicos, artistas de la plástica, geógrafos, un universo cultural y científico amplísimo alrededor de una idea: rescatar cada trazo posible, sin desestimar perspectivas y enfoques, de la rica historia de Santa María del Puerto del Príncipe.

Imposible dejar de acotar la importancia del magisterio de Elda, en tanto oficio que le ayudará a contornear también no pocas de las inquietudes presentes en esta y otras de sus obras.

Traer a colación este libro en un festejo como el que nos reúne es sencillamente un modo de acercarnos a la madurez intelectual de la historiadora, maestra y promotora de cultura, pero, sobre todo, de advertir su recorrido largo y fructífero por el oficio de Clío. Merecida, por tanto, la dedicatoria de este espacio «El autor y su obra» a Elda Cento Gómez, Premio Nacional de Historia 2015, entre otras distinciones. Estudiantes, profesores, amigos apreciamos y agradecemos sus aportes a la historiografía, su constancia y la elegancia en vida y obra. Frente a estos atributos, los aquí presentes y los que no han podido darse cita tampoco podemos permanecer indiferentes.

Perfiles de Aurelia Castillo

María Antonia Borroto

Profesora de la Universidad de las Artes.

Fotos: Archivo de la Biblioteca Provincial
Julio Antonio Mella.

Un abanico en las manos, rostro levemente elevado, Nieves Xenas a su izquierda, Lola Rodríguez de Tió a la diestra, Ricardo del Monte en un extremo, Diego Vicente Tejera en el otro. Detrás, de pie y en dos filas, hay un grupo bastante nutrido. Recorro los rostros al tiempo que intento «cazarlos» con la prolija enumeración al pie. Me impresiona en un lateral la atractiva prestancia de Esteban Borrero. Casi en la esquina contraria y con un brazo apoyado en la silla donde reposa Del Monte, aparece Federico Urbach. Manuel Serafín Pichardo es el tercero contando a partir de Borrero... ¿Cuáles serían las circunstancias de ese encuentro de poetas cubanos, según aparece identificada la foto en esta polvorienta edición de *El Fígaro* que acaricio como si de algo sagrado se tratara? Y lo es, en buena medida lo son el periódico en sí y estas ediciones tuyas, entusiasmadas por la República y por el sentido auroral de tales días, con un exhaustivo balance de la cultura cubana y de los desafíos del porvenir para el que, por supuesto, también han sido convocados los poetas. ¿Qué hablaron minutos antes?, ¿cuáles fueron sus comentarios y hasta bromas mientras el fotógrafo esperaba por el acomodo imprescindible previo a cada sesión de fotos?, ¿sería la única vez en que fue apretado el obturador?, ¿hay acaso otras en las que cambian las actitudes, las miradas, los gestos?, ¿qué estaría pensando ella, Aurelia Castillo de González, tan seria y a quien adivino vestida de negro, justo en ese instante?

Enciende, ¡oh Cuba!, de tu Pascua el cirio

La foto aparece en una edición conmemorativa del primer aniversario de la República. El ejemplar que he podido consultar no incluye los datos que permiten precisar su fecha exacta. También he tenido entre mis manos otras ediciones de *El Fígaro*, correspondientes a 1901 y 1902, que ayudan a seguir el itinerario de nuestros primeros días republicanos. Hay una

en particular, la del 20 de mayo de 1902, que resulta impresionante no por el volumen de páginas, sino por sus tonos mismos, ratificación de que la revista iría adquiriendo poco a poco el pulso del periodismo moderno. Esa tirada en particular reúne tres números. Allí, a la altura de la página 225 —una vez reunidos todos los ejemplares del año—, descubro un texto titulado «Solidaridad», con la rúbrica de Eusebio Hernández. Y al centro, cuatro sonetos de Aurelia: «¡Victoriosa!», «Máximo Gómez», «Estrada Palma» y «Orientales». El primero es tal vez el más conocido y el que mejor expresa la exultante emoción de esos días:

¡La Bandera en el Morro! ¿No es un sueño?
¡La Bandera en Palacio! ¿No es delirio?
¿Cesó del corazón el cruel martirio?
¿Realizóse por fin el arduo empeño?
¡Muestra tu rostro juvenil, risueño,
enciende, ¡oh Cuba!, de tu Pascua el cirio,
que surge tu bandera como un lirio,
único en los colores y el diseño!
Sus anchos pliegues al espacio libran
los mástiles que altivos se levantan;
los niños la conocen y la adoran.
¡Y sólo [sic] al verla nuestros cuerpos vibran!
¡Y sólo [sic] al verla nuestros labios cantan!
¡Y sólo [sic] al verla nuestros ojos lloran!

Y aunque se unen el gozo y la duda, la exhortación y el temor, el tono de los versos es muy diferente al advertido por Julián del Casal en otras páginas tuyas. Pensemos, por ejemplo, en las que constituyen el cierre de *Un paseo por Europa*, publicado en La Habana por La Propaganda Literaria en 1891. Con deleite Casal habló de ese libro «escrito a la moderna» donde «la autora ha estereotipado las impresiones que recibiera, día por día, durante su permanencia en algunas ciudades europeas». Elogió sobre todo «una página negra, la de la vuelta a la patria, en la que le asedia, al tocar sus pla-

yas, las tristezas de sus miserias y la nostalgia de la civilización». También dice que es su «página más bella, más varonil, más enérgica y más oportuna», comparada «[al] grito del cóndor caído, desde lo más alto del azul, al fondo de lóbrego foso, poblado de reptiles que baeban en las tinieblas y tras cuyos muros se divisa un cielo plumizo, donde la tormenta no acaba de estallar ni asoma el disco dorado del sol».¹ Sorprende hallar en la fortísima imagen al cóndor, magnífica ave americana, asociada por los incas a la libertad y al amor eterno. ¿Estarían tales significados fijados también por las élites ilustradas en las postrimerías del siglo XIX? Sea cual sea la respuesta a esta inquietante pregunta, no deja de ser sintomática la elección casaliana: la asociación de Aurelia con la majestad del cóndor y el regreso a Cuba con la estrepitosa caída en un nauseabundo y peligroso foso, completado por una bellísima frase que resume muy bien la situación de Cuba.

Las páginas de marras contienen, sí, la muestra del desencanto. Aurelia confesó haber hallado «un pueblo desfallecido que deja caer en ruinas sus ciudades; que, con la indiferencia que da la costumbre, ve abiertas e invadiéndolo todo, las fuentes del vicio, y que parece no tener ya fuerzas más que para clamar contra el gobierno a cada nuevo infortunio, venga de donde viniere».² La responsabilidad no cabe solo a la metrópoli, aun cuando «harto negros son los cargos que quieren hacérsele»:

Ella nos trajo la esclavitud; ella resistió cuanto posible fue a extinguirla; ella descuidó mañosamente nuestra cultura; ella da constante preferencia a los últimos que envía, como si se tratara de plantas exóticas que a la segunda generación comenzaran a decaer hasta dar en el raquitismo; ella, por el poco tino en elegir sus hombres, nos ha acostumbrado al fraude en la administración y al despotismo en el gobierno; ella se niega obstinadamente a reconocer a este país la mayoría de edad, para tenerle maniatado en todos conceptos, sin que pueda dar incremento a los veneros de riqueza con que cuenta, ni puedan brillar como estadistas, como diplomáticos, como hacendistas, ni siquiera como sabios, ni como historiadores, sirviendo a la patria y enalteciéndola, los hombres que aquí nacen con talentos y virtudes dignos de ese galardón; ella hace pesar su mano hasta en los asuntos provinciales y municipales, maleándolo todo.

Lo más preocupante no es la iniquidad del poder español, sino las terribles consecuencias esperables del certísimo hecho de que si «ni siquiera en eso poco que nos incumbe [...] nos mostramos muy dignos y muy expertos y muy activos, exentos enteramente de todo contagio». Los cubanos nos burlaríamos «si aquí se alzara un Franklin a predicarnos moralidad y economía, orden y sencillez, individualidad que a sí misma se baste».

Siempre me he preguntado por qué Casal consideraría varonil esta página y masculino no ya el espíritu de Aurelia, sino el de «toda camagüeyana». Respecto al cierre

de Un paseo por Europa, ¿lo sería por la energía de la prosa, el tono admonitorio, la alerta vibrante? ¿Influiría acaso su manera de ver la prensa y de advertir fenómenos incipientes entonces, amplificadas hoy en día hasta el punto de ser norma corriente?: «Para el conocimiento público de los hechos punibles, para prevenir en lo posible abusos de jueces y de letrados, basta con algo más que el juicio



Foto más conocida de Aurelia Castillo.

oral; pero es terriblemente peligroso ese constante esparcir entre el pueblo olor de carnicería y de patíbulo, baladronadas de infames, intimidaciones de hogares corrompidos y efigies bestiales». No hay mojigatería ni nada parecido en su gesto. Se trata, más bien, de una consideración de índole estrictamente moral:

Arrancad la máscara al hombre vil ante la justicia y ante la sociedad; mas no le desgarréis los vestidos para mostrarle a todos en su espantosa desnudez, no le arañéis las carnes, no mordáis en ellas para poner de manifiesto las putrefactas entrañas. Si es moda de la época, tened la independencia y la sensatez de no adoptar esa moda, poco misericordiosa respecto a los delincuentes, inicua para con sus familias, temeraria con relación al pueblo.

En caso de querer imitar, elegir, pues, «ejemplos buenos»:

En las penitenciarías de los Estados Unidos se encuentran a cada paso carteles advirtiendo a los visitantes que no fijen la mirada en los penados. Si la prensa, que es lugar culminante e inundado de luz, alterna sus nobles destinos con el de afrentosa picota, llegará un día en que se avergüencen de subir a sus codiciadas alturas los hombres de limpia historia, por temor de verse, como Cristo, entre dos ladrones y que la apoteosis se les convierta en crucifixión de su dignidad.

Pido se me perdone la extensión de las citas: ¡es tan difícil resistirse a la tentación de tener a Aurelia Castillo en su propia voz! Cómo columbrar, además, la hondura de su pensamiento ético, su manera de advertir que «la moral se nos cae a pedazos» y que «la templanza, el respeto filial, el honor, la lealtad conyugal, todas esas excelencias que la palabra justicia resume, y hasta el patriotismo que de ellas se nutre y que siempre ha sido entre nosotros lo más venerado, lo más grande», virtudes que, en su opinión, «penosa y asiduamente han ido labrándose en el corazón del hombre desde que éste [sic] dejó de confundirse con el bruto, serán befas y se mirará con risa o con lástima al que tenga la candidez de ejercerlas». Y de sí misma, de su afán, dice algo aún más dramático: «Bien sé que hay osadía en hablar de este modo, que me expongo al ridículo por sermonear vejeces y al desvío de muchos. No importa. El que escribe debe la verdad a los que se dignen leerle, y el que ama a la patria, le debe todos los sacrificios». Catorce de marzo de 1891 es la fecha que aparece al pie del texto, pues como ella misma confesó mucho después a los redactores de *Social*, fue escrito en La Habana, a diferencia de las crónicas. Puede uno, entonces, ver con otros ojos sus reservas en «¡Victoriosa!», su temor de que, como más adelante dijera Varona, la colonia perviviera en la República, el temor, sobre todo, de que la crisis moral impidiera el pleno ejercicio de sí, en tanto nación, de la Cuba recién nacida a la vida republicana.

Y entre tales urgentísimas cuestiones, la responsabilidad ética y ciudadana de la prensa, palabras premonitorias que atestiguan también cuán al tanto estaba de las que ya iban siendo tendencias dominantes del periodismo norteamericano y cuán probable es que muchas de ellas poco a poco fueran instalándose en los periódicos insulares, ávidos de lectores y, por tanto, de titulares llamativos. No lo puedo afirmar con certeza, pues la impresionante ampliación del número y alcance de los periódicos en esos años hace difícil cualquier rastreo. Eso, por

supuesto, en caso de tener acceso a lo publicado, a estas alturas resulta poco menos que imposible: de muchos periódicos y revistas apenas tenemos noticias, mientras que de otros solo pueden ser consultados algunos números sueltos.

Tras el amor a la patria, el culto al hogar

Así describió Casal las prioridades de Aurelia, suerte de trinidad integrada, además, por el culto a la Musa. También vio en ella «la majestad de una patricia romana y la gracia de una duquesa del siglo XVIII» que poseía, entre otros preciados dones, «el que salva: el de la admiración». Este rasgo es fácilmente constatable en las cartas que ella le remitió a él mismo, donde se revela de cuerpo entero. Sería ideal comentarlas todas y apreciar ese tránsito entre el «muy distinguido señor» de la primera hasta el «mi querido amigo» de la última conocida, fechada el 3 de mayo de 1892.



Foto del grupo de poetas: Angel Luzóm, Félix Callejas, René F. López, J. M. Carbonell, Pablo Hernández, Francisco Díaz Silveira, Próspero Pichardo (Florimel), Esteban Foncueca, Federico Uhrbach, Bonocio Tió, Fernando S. de Fuentes, F. de Zayas, Manuel S. Pichardo, F. Chacón, E. Borrero Echevarría, Ricardo del Monte, Lola R. de Tió, Aurelia Castillo de González, Nieves Xenos, Diego V. Tejera. Foto de Téstar, especial para *El Figaro*.

Hay una carta, del 15 de julio de 1891, en la que agradece la semblanza escrita por él: «si no soy tal como Ud. me pinta, así por lo menos he deseado ser», mientras que en otro momento le pregunta: «¿no será Casal, que por otra especie de ilusión, muy propia de un soñador como Ud. haya creído contemplar mi alma mientras contemplaba la propia suya, que todos estamos contestes [sic] en creer de naturaleza angélica? Me queda esa duda».³

Si bien esta misiva nos ofrece una arista del vínculo entre ambos y de su manera tan peculiar de agradecer, la última —3 de mayo del 92— nos da una dimensión magnífica de la naturaleza de Aurelia y de sus dotes como crítica. Dejemos a un lado, incluso cuando cada frase merecería un análisis más exhaustivo, que reconoce en Casal al iniciador entre nosotros de una «escuela poética» y también cuando le dice que tiene «mucho de excepcional y digno de estudio».4 Dejémoslo a un lado, insisto, porque advierto en la misiva una idea muy señalizadora: «Todos somos copartícipes por derecho propio en una gloria nacional, y el que la lleva vinculada a su persona nos parece obligado a mantenerla en toda su integridad». Huelgan los comentarios: reconocer a Casal como una gloria nacional es un juicio muy agudo con muchos matices, desde la idea misma de la nación y su especificidad cultural, el sentido de la participación en aquello que, al ser patrimonio de todos, puede ser sometido al escrutinio público. El ejercicio de la crítica es, por tanto, una obligación respecto a aquello que se considera propio; y en ella, un pormenorizado y muy sincero análisis que pondera virtudes y defectos. Las páginas siguientes, sazonadas de vez en cuando con su sentido del humor, contienen ideas muy válidas para la comprensión de Casal, dichas con gracia y soltura, suponiendo incluso el posible diálogo entre ellos. No hay autoritarismo, más bien todo lo contrario:

Llena de temores le mando a Ud. esta carta. Oh, que no pierda yo su amistad por ser la mía demasiado entrañable y sincera. No estaré tranquila hasta que sepa que no le han herido mis officiosas observaciones, que no ha encontrado veneno en mi lápiz rojo. ¿Ni quién osaría verter ponzoña en alma como la suya? La única persona que se atreve a veces contra ella calumniándola es Ud. mismo. Todos los demás reconocemos que es de naturaleza delicada y por eso estimamos al poeta a par que



Diseño completo de la página del periódico.

le admiramos, entre los primeros que por Ud. sienten así, cuente siempre a su amiga.

Las tachaduras son muy significativas: «venga Ud. a dejarme leer en su semblante». La frase eliminada —¿acaso por pudor?— dice tanto como las dichas. En otro momento sustituye «amamos» por «estimamos»...

¿Cuál sería la reacción de Casal? ¿Cómo sería el encuentro? ¿Cuál la lectura hecha por ella de su semblante? Ya en el siglo xx la carta fue incluida por Aurelia en sus obras completas. Dejaba así de ser una misiva privada para adquirir otras resonancias. No lo hizo con sus otras cartas a Casal —las conocemos gracias a la compilación del Epistolario casaliano realizada por Leonardo Sarría—, y sí con esta. Se puede entonces suponer al leer una sabrosa broma referida a Casal en Un paseo por América. Cartas de Méjico y de Chicago (fechado en 1893, aunque publicado en 1895) que las relaciones entre ambos apenas sufrieron mella tras su gesto tan sincero. Además, ¿hubiera ella publicado la carta si su lectura del semblante de Casal hubiera estado asociada a algún malestar? Lo más seguro es que no.

Este episodio me resulta fascinante por muchas razones, sobre todo por la altura ética de ambos interlocutores. Convengamos en que las relaciones con (y entre) los escritores suelen ser complejas. No sentirse completamente a gusto con las creaciones de un amigo y sentarse, así, con total desembarazo, a hacer un balance de los pros y los contra es tarea muy incómoda y, casi siempre, ingrata. No lo creamos tampoco muy frecuente en aquella época. A veces solemos tener una imagen muy idealizada del pasado, nos regodeamos en los ejemplos admirables —y con razón— y olvidamos, por mezcuninos, otros que no merecen especial recordación. Eso, reconozcámoslo, que tan bien habla de nosotros mismos, enturbia nuestra imagen del pasado y hace que los gestos grandiosos parezcan moneda corriente y no lo que en realidad son: actitudes excepcionales. Sabida es —varias veces muy autorizadas, como las de Esteban Borrero y el propio Casal la referirían muy bien— la existencia de cierta crítica espuria... Algunos de los propios ataques a Casal fueron, en buena medida, excrecencia de las serpientes que él describió.

La carta en la que Aurelia muestra sus dotes como crítica literaria y su idea de la amistad, mediadas ambas por

su sentido de la sinceridad y del decoro, abre otras muchas interrogantes. Hasta donde sé es la única en la que una contemporánea analizó la poesía casaliana. El resto de los textos de mujeres dedicados a Casal son cartas amistosas —es el caso de Magdalena Peñarredonda—, notas de agradecimiento, expresión de emociones asociadas a la lectura de sus versos o esquelas un tanto coquetas. La de Aurelia sobresale entre las remitidas por mujeres, pero también lo hace entre los textos críticos de la época. Amén de que uno desde este cómodo presente pueda estar o no de acuerdo con todos los puntos expuestos por ella, no deja de maravillarse por su tono reposado, por su enérgica dulzura, por su elegancia, muy femenina y, al mismo tiempo, por el coraje que el propio Casal le reconocía. ¿Acaso a él también le habrá parecido varonil esa actitud suya? Quede la pregunta en suspenso: filosa, desafiante...

Dulce, recta y buena su alma

En 1920, con motivo de su deceso, la revista *Social* publicó una suerte de pequeña autobiografía de Aurelia Castillo, elaborada a partir de interrogantes que los redactores habían hecho llegar a la escritora. Maravilla aquí su humildad. A la pregunta a propósito de la nota característica de su personalidad literaria responde: «Pienso que ha sido el deseo íntimo y vehemente de prestar a mis compatriotas alguna utilidad haciéndolos conocer, o recordar, lo bueno que en otros países veía; y creo que así lo expresé al terminar mis correspondencias».⁵

Apenas unos meses antes Emilio Roig de Leuchsenring había publicado fragmentos de esa carta que ella le dirigiera, aunque con una introducción suya. El texto del entonces joven periodista nos dice mucho de cómo fue percibida a inicios del siglo xx. Permitaseme citarlo in extenso:

Efectivamente, siempre he visto en Aurelia Castillo el prototipo y el modelo, más acabado y perfecto, de la ancianidad femenina, venerable, digna y en el pleno goce de todas sus facultades intelectuales. Si los años quitan, como es cierto, a la mujer todos sus atractivos físicos y la convierten en una ruina de lo que fue asombrosa y cautivadora obra de arte, en ella se ha realizado el fenómeno prodigioso de que al ir borrando el tiempo sus bellezas juveniles, la iba adornando con otros dones y con otras galas, propios ya de su edad, pero igualmente atractivos y hermosos, conservando siempre, fresca y lozana, su inteligencia, y dulce, recta y buena su alma, con la misma blancura inmaculada que ostentan, al decir de Fernández Cabrera, las he-

bras gloriosas de su cabellera, corona de majestad sobre la sien de nuestra poetisa. ¡Dichosos los que como ella pueden a los años postreros de la vida, mirar serena y plácidamente hacia el pasado, sin que sombra alguna ennegrezca los recuerdos de otros días, y con la íntima y grata satisfacción del deber cumplido y el bien y la virtud practicados a manos llenas!⁶

Nuevamente quedo en suspenso... Justo cuando la vejez comienza a percibirse más cercana que los juveniles días, una quisiera para sí, llegado el momento, palabras como esas.

Con la misma blancura inmaculada

En ninguna de las fotos tuyas que he visto, Aurelia Castillo mira a cámara. No lo hace en esta publicada por *El Figaro* en que comparte espacio con varios poetas, donde luce un poco altiva, cualquiera diría que distante... Nos hemos empeñado en apreciarlos en la individualidad de sus obras y de pronto, al verlos así, reunidos, se nos descubren esas otras facetas que también constituyen lo literario. No pienso ni remotamente en el chisme inmundo o en la rencilla oculta, sino en las redes, a fin de cuenta, las de la vida, que tejemos los unos con los otros. Al tenerlas presentes se nos muestran, de una forma más vívida, la continuidad de los procesos y, sobre todo, las concomitancias entre personas y obras que en ciertos inventarios suelen aparecer separadas; se nos muestran, en fin, las simpatías y las afinidades, elecciones vitales mediadas, en Aurelia, por el compromiso patriótico y cívico. Nosotros también podemos sentir respecto a ella que participamos de una gloria nacional. Debe ser perentorio, por tanto, mantenerla en toda su integridad.

Notas.....

¹ Julián del Casal: «Aurelia Castillo de González», en *Prosas*, Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1963-64, t. 1, p. 258.

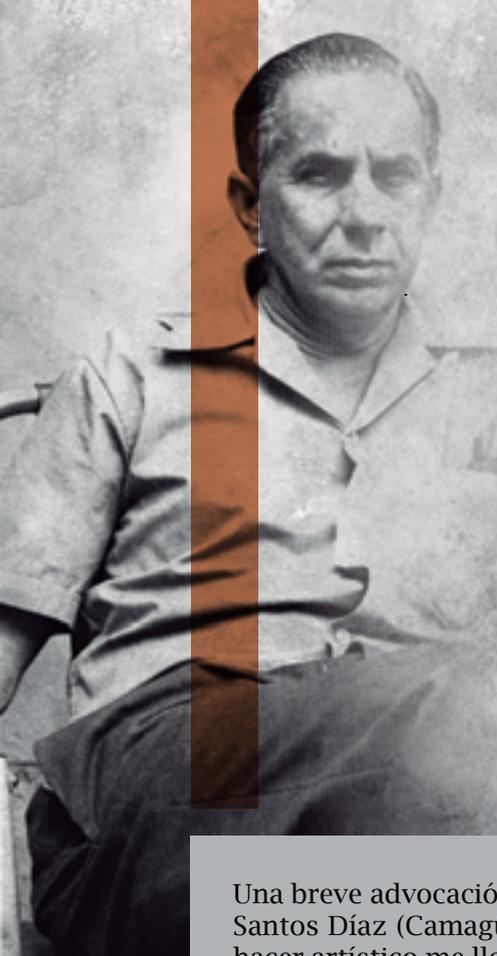
² Los fragmentos citados posteriormente pertenecen al texto: Aurelia Castillo de González: «Cartas de viaje. Un paseo por Europa», en *Escritos de Aurelia Castillo de González*. Imprenta El Siglo xx, La Habana, 1913, vol. 2, p. 376.

³ Aurelia Castillo de González: «Carta a Julián del Casal, 15 de julio de 1891», en Julián del Casal, *Epistolario*. Transcripción, compilación y notas de Leonardo Sarría. Ed. UH, La Habana, 2018, p. 74.

⁴ *Ibid.*, 3 de mayo de 1892, p. 75. Los fragmentos citados posteriormente pertenecen a esta misma referencia, pp. 77-80.

⁵ Aurelia Castillo de González: «Autobiografía» (carta a Emilio Roig de Leuchsenring), *Social*, 5: 41, septiembre de 1920.

⁶ Emilio Roig de Leuchsenring: «Poetisas cubanas. Aurelia Castillo de González», *Social*, 5(2): 55, febrero de 1920.



Jorge Santos Díaz

y el peso específico de la memoria

Jorge Santos Caballero

Escritor y presidente de la sección de literatura de la filial de la Uneac en Camagüey.

Fotos: José Antonio Cortiñas Fryman.

La libertad artística no es sino un costado de la libertad humana.

Juan Marinello

Una breve advocación a mi padre, el pintor Jorge Santos Díaz (Camagüey, 1922-1996), y a su que-hacer artístico me lleva irremisiblemente a tratar de deslindar, en lo posible, su signo distintivo como ser humano y los elementos característicos de su proceso creativo.¹ Desde luego, sería un deslinde que más tarde se entroncaría por cuanto hombre y artista, en su caso, constituyen una unidad indisoluble y englobada. Hay después una vasta zona de profundos matices, así como una recurrencia a temas y obstinaciones que obligan a hallar una salida, hurgar en sus ancestros para comprender su obra, es decir, las imágenes subyugantes plasmadas en los lienzos y que son motivo de contemplación y estudio.

En este análisis no buscaremos la referencia exacta de cada obra; no obstante, se tratará de abrir un agujero comprensivo y permitir que la luz que invadió su pintura refulja aquí, ilumine todo y los rayos hagan perdurar la admiración por su arte. Quizás tengamos que detenernos en los principales temas abordados por él a lo largo de su extensa obra o en el mensaje abarcador que transmitió a través de ella; de ahí que un examen de cada detalle consignado requerirá un razonamiento cuidadoso de los fundamentos dialogantes que sostuvo el artista. En tal sentido, nos parece necesario llamar la atención sobre el hecho de que Santos Díaz quiso mostrar con vehemencia su convicción en relación con el arte, al volcar en los lienzos ideas y los mundos que le rodeaban; por ello, en más de una ocasión se alude a su capacidad contemplativa comprometida con su entorno y con la minuciosidad de las

erratas del tiempo, que él, en franca concatenación de afinidad las hizo suyas. El historiador y estudioso de las artes plásticas Desiderio Borroto Fernández ha dicho:

La exégesis de la producción artística de Jorge Santos Díaz quedaría podada indiscriminadamente, si solo se le considera el pintor de Camagüey por sus paisajes urbanos, pues la ciudad genera tipos, añoranzas y aspiraciones de las que el artista no puede sustraerse. Así la posición mediterránea de la villa funciona como articuladora de una añoranza del mar, que satisface el artista en series de marinas, donde el sentido nostálgico tiene que ver con los valores medios



Alameda. Óleo sobre cartón (49 x 39).



Calle nro. 16. Óleo sobre cartón (54 x 43).

y bajos de la luminosidad con que los resuelve, la luz en sus marinas no es lo más importante. El mar es una seducción para Camagüey y sus gentes, también para el pintor.²

Y ese punto de vista parte de la afirmación de haberse apoderado de Camagüey a tenor de su constancia ciudadana, sin importarle el desgaste atribuido, hábil e inmisericordemente, al tiempo, aunque también a la mano del hombre. El artista lo reinterpretó en varias razones conceptuales y dejó para la posteridad su criterio de lo que consideró la escena plástica, plétórica de caracteres y leyendas propias.

Iniciado en el rigor académico, gracias a aquel claustro que integró la Escuela Provincial de Artes Plásticas José Martí, de Camagüey,³ y en el que intervinieron profesores, artistas e intelectuales de renombre como Jorge Arche, Manuel

Roldán Capaz, Eugenio Rodríguez, Mario Carreño, Graziella Pogolotti, Martha Arjona, entre otros, Jorge Santos Díaz devino en artista de genuina legitimidad y acrisoladas esperanzas en su lenguaje expresivo. Nunca en su trayectoria cedió en el placer de dibujar y no distrajo la idea con evasivas a la hora de relatar sus pinceladas o los trazos con la espátula. Se aventuró a salir para explorar las regiones intratables, omitidas y decidió que las fuerzas motrices y destellos, nada fugaces de su genio personal, atraparan para sí y para nosotros, los espectadores, aquellos escenarios lamentablemente estropeados por la atmósfera o la voluntad humana. En correspondencia con esos aspectos, el crítico Pavel Barrios sentenció:

Más que un pintor urbanista, Santos representa al pintor arquitectónico. Sus escenarios aparecen seccionados, limitados y supeditados a la edificación, incluso sus fachadas son interrumpidas para ceder ante el protagonismo del elemento arquitectónico en un primer plano. El objeto de la obra puede ser la reunión de una puerta, un guardapolvo, una ventana enrejada y el detalle de un techo de alfarje, visto todo desde una perspectiva y ángulo que conviene más a un modelo vivo, y resulta que para el artista la ciudad y sus edificaciones viven y cuentan, datan sus historias.

Piranesi se preocupó por la estructura lineal de los edificios; Claudio Lorena por las tensiones ante los cuer-

pos sólidos y monumentales; el Canaletto por la solidez derruida como consecuencia de la acción del tiempo; los pintores de arquitectura franceses solo intentaron trasladar, difundir el testimonio clasicista italiano en otros predios. Jorge Santos Díaz asume la edificación como referente, personificación e identidad de sus gentes, sus historias, cuidados y olvidos, luces y oscuridades; el modelo era la típica casa camagüeyana con el destaque, cual sinécdoque, de sus atributos arquitectónicos, con la tolerancia de las arrugas y la aceptación de la pátina que le ha procurado el tiempo.⁴

Entretanto, en la obra de Santos, «el pintor de Camagüey», definido así por Raúl González de Cascorro,⁵ se distingue una fantasía de colores, sin tonos disonantes, y su trayectoria ratifica aquello de que el oficio es esencial, porque en pintura, sin ese dominio, es imposible hacer una obra sólida. En cuanto a lo citado, el estudioso del arte Juan Gutiérrez señaló en relación con una exposición homenaje al artista, con el título «Mujeres de Santos», llevada a cabo en el espacio galerístico del periódico *Adelante* en septiembre de 2007:

La muestra que tiene lugar ahora [...] viene a ser un rompimiento total con su estética, reafirmando la variedad creativa manifestada por este creador desde que cobró realce [...]. Resultan variaciones sobre un mismo tema: rostros de mujer; en algunos casos, sorprendidas por el ojo del pintor en un preciso instante; en otros las plasma recurriendo a la memoria, pero siempre con una frescura y espontaneidad que hablan de una mano entrenada y un ojo sagaz que incluye lo imprescindible. Los trazos suelen ser variados, llega incluso a golpear el soporte con su pincel de frente como en los fondos realizados por Modigliani, y el silueteado en negro nos evoca los rasgos hechos por Lautrec o Egon Schiele en sus bocetos o dibujos.⁶

Este criterio, avalado por el deseo de evidenciar un conocimiento teórico de las artes plásticas, persigue, no obstante, ir más allá. En rigor, Santos Díaz, no se quedó enquistado en una suerte de regodeo en cuanto a las calles camagüeyanas, los paisajes rurales, las flores, sino que quiso especular en otros temas, motivado por la necesidad de reflejar sus inquietudes circunstanciales.

A pesar de lo argumentado, vale señalar que en el artista primó el ánimo de impedir que la memoria se borra. De ahí que en sus obras —salvo series como la citada anteriormente, o la que llamó «Visualizaciones», expuesta en la sede de la Uneac de Camagüey, en 1988, o la denominada «Caras y retratos», también en dicha sede, en 1989— se aprecie su inconfundible sello ligado al compromiso con la historia: respetar la pátina del tiempo para que los valores adquieran su verdadera encarnación

Calle. Técnica mixta (50 x 43).
Calle de Camagüey. Óleo sobre cartón (82 x 62).





Paisaje rural. Óleo sobre cartón (74 x 96).



J. Santos

futura. Por esa razón, en su obra, ya sea un paisaje, una calle, una fachada, estaba en juego la dignidad, el empeño por subsistir, la justicia del preservar.

Como es lógico, al asumir una actitud indagadora de su obra, puede inferirse una división que se nos antoja en tres etapas. Por supuesto, este detenimiento analítico está recopilado sin un escrutinio que posibilite otros periodos —probablemente presentes en su quehacer— y habría que inmiscuirse más, revisar en detalles sus obras por años, precisar para acercarse con más tino que el de un esbozo ensayístico para una revista y donde confluyen textos de disímiles vertientes. Pero vale la pena arribar a una conclusión especulativa provisional e ineludible. La primera etapa abarca desde sus inclinaciones iniciales hasta la culminación de sus estudios en 1958. En ese periodo evidenció una tendencia por respetar las líneas, reflejar lo natural y saturar su ámbito de una carga entendida o sobrentendida: de un planteo adhesivo a la lógica, aunque mostraba una propensión por salir, sacar las armas, superar las tensiones ilusorias. Resalta el cuadro titulado *El viejo*, que sirvió para graduarse; todo un portento de expresión muy personal y vigorosa.

La segunda etapa se enmarca entre 1960 y 1979. Durante esta, el artista emerge en toda su liberal amplitud. En esos años trabaja con la espátula y es el momento cuando aparece el Santos que perdura, el cual refleja su impronta inconfundible y definitoria; pero, también, es el momento en que la constancia juega su rol decisivo. El artista se desarrolla con una marcha victoriosa que invade su universo, ganoso de aventuras, que sirve de plataforma expresiva y duradera. Es cuando la sensación brota y trabaja en la consolidación de su ejecutoria. De 1975 es su cuadro *La puerta*, que ejemplifica —como ninguno— la labor y consumación del creador.

La tercera etapa comienza en 1980 con un pintor maduro que, en apetencia colosal por expresarse, denota un ámbito auténtico caracterizado por rasgos firmes, pero con un olfato desarrollado para captar la necesidad de reinterpretarse. No evadió la responsabilidad de exponer la realidad según su óptica, en una especie de exageración y castigo, al rivalizar con lo hecho anteriormente de forma abrupta. Sin embargo, su compromiso intelectual no le permitió que, en su discrepancia con lo anterior, eludiera acercarse a las

corrientes de moda. Quizás más que búsquedas, lo que persiguió fue una reafirmación de un proceso creativo como un signo distintivo de su laboriosidad.

Los temas recurrentes en él son muy variados. En ese sentido, Pompeyo Pichs, refiriéndose a la exposición «Óleos y acuarelas de Jorge Santos», exhibida en 1978 en la Galería Amelia Peláez, en La Habana, expuso:



Marina. Óleo sobre cartón (76 x 58).

Y no solo hubo paisajes, sino también naturalezas muertas, rostros, gallos... Pero no hay dudas de que el paisaje es el fuerte de este creador, sobre todo en los trabajos en óleos. Es cierto que no es frecuente la figura humana en sus paisajes, más aún, podría decirse que donde hay más realce es en las naturalezas y arquitectura [...] Es por eso que cuando nos enfrentamos a sus cuadros recibimos más la impresión del creador que interpreta, que la del que pretende solo retratar la realidad [...].⁷

Esa manera inquieta que busca desbordar los matices de la luz y los contrastes es la que lo llevó a las naturalezas muertas, los paisajes rurales y urbanísticos, el retrato, las marinas, las escenas de tauromaquias, los motivos florales y, sobre todo, la arquitectura del Camagüey colonial, lo que anunció un apego por la sensación, por alcanzar un movimiento continuo. Es por ello que consideramos pensar que en la



Callejón nro. 6. Óleo sobre cartón (76 x 60).

expresión auténtica de su obra radica un ideal de ambientación general, de cosmogonía, que trasmite reposo, paz interior. Existe un amor a la perdurabilidad, a respetar las huellas del tiempo, a recuperar el valor histórico-arquitectónico, a preservar el entorno como patrimonio del hombre.

En una entrevista que le hice en 1992, titulada «Jorge Santos vs. Jorge Santos»,⁸ ante la pregunta: «¿Qué le debes a Camagüey, y que te debe él?», respondió:

Pienso que le debo una serie dedicada a sus personajes típicos, o al quehacer co-

tidiano de mis conciudadanos, o se me antoja una que estaría dedicada a las tradiciones sincréticas, o a las leyendas que tanto abundan. Si algo me debe, es que esos propios conciudadanos con los que hablo todos los días cuiden más nuestras calles, o las fachadas exaltadoras que parecen salidas del corazón. Camagüey me debe que se le cuide más para que perdure.

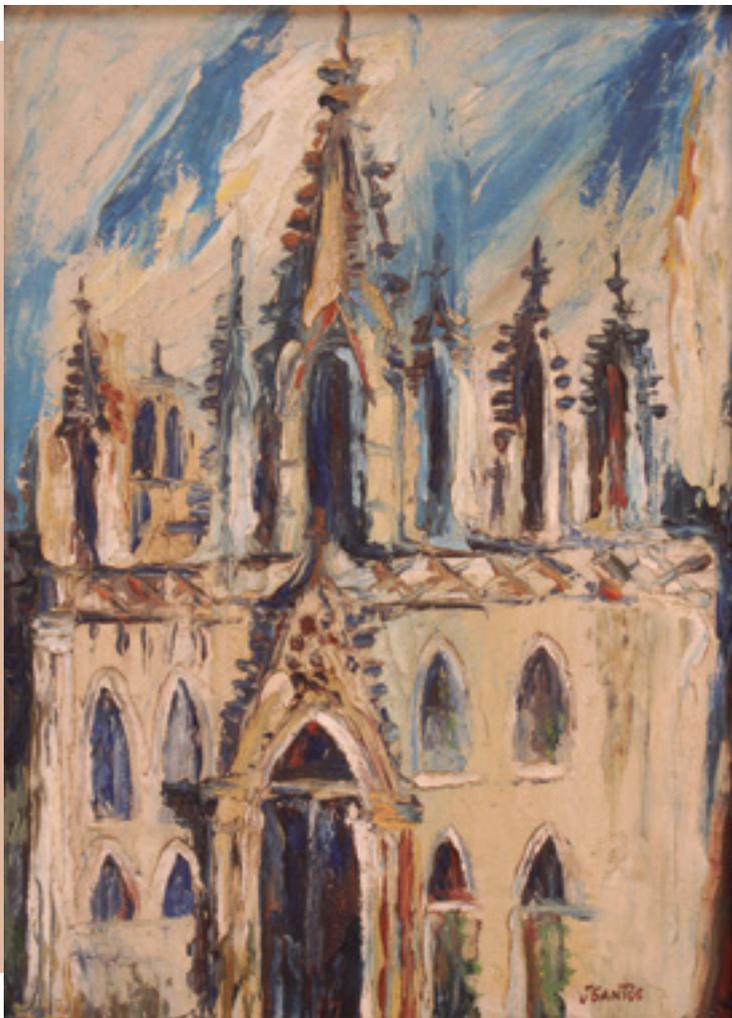
Esa fue su mejor sentencia acerca de esta ciudad, de su gente, de su arquitectura. Vale decir, solo un hombre impregnado del olor, las sombras, el andar diario y las vivencias del camagüeyano puede expresarse así. En consecuencia, definir a Jorge Santos Díaz en la conceptualización de un movimiento artístico es, desde luego, lo más difícil a realizar. Cualquier juicio sobre su obra tiene que dirigir sus pasos a partir de conocer previamente la marcada influencia impresionista que lo irradiaba, aunque por momentos, en determinadas series, esbozara un acercamiento a lo expresionista, como han advertido algunos críticos.

En sus obras se perciben los contornos no determinados, líneas no rígidas y una significativa presencia de la luz, de una luz que brota desde el interior de cada cuadro para invadirnos con fluidez, como eficaz vínculo entre lo plasmado y el espectador. Diríamos más, en el artista se nota una deslumbradora exposición de la armonía entre el color, perspectiva, desafíos del claroscuro y textura, amén de la maestría en el espatulado, evocando una proliferación de imágenes complementadas que posibilitan detectar las claves con vistas a valorar su evolución artística.

El potencial creativo que lo sostuvo no permitió una manera desigual en su desenvolvimiento. Estas son las vertientes observables en toda su obra, según nuestro criterio, y rebasan su innegable esfuerzo para imponerse al provincialismo y traspasar las fronteras con rostro verdadero, altivo, plagado de rasgos estilísticos muy suyos que propician la certidumbre de su labor artística. Y es que Jorge Santos Díaz interrogó el pasado con un definido propósito: conocer mejor las raíces, saber de dónde provenimos. Rehabilita así la tarea primordial de mantener viva la memoria, la necesidad de conservarla, de interrelacionar el ambiente con el mundo interior como testimonio tangible de la cotidianidad.

Cuando él, en franca actitud por preservar la historia, plasmó en sus lienzos

la ciudad, con sus tonalidades y rasgos esenciales, evidenciaba una inspirada y nada perturbadora ansia por descifrar lo añejo para juzgar sin prejuicios el pasado y largar la vida de esa misma ciudad que lo vio nacer y desarrollarse. Una decodificación de su obra nos llevaría a alusiones integrales. Lo polisémico florece visualmente en un recorrido perdurable de representaciones de intensidad o vivencias que le otorgan un peculiar matiz hacia el sentimiento identitario, de existencia, de razones históricas y pictóricas que implicaron asimismo la liberación de-



Mi iglesia San José. Óleo sobre cartón (75 x 60).

finitiva. Sus pinturas, con todos los elementos emotivos que llevan implícitos, inscribieron de por sí y para sí, la instancia de caracteres provenientes del mundo que le rodeó, y eso es ser original y, consiguientemente, auténtico. Primero, porque respetó en su fuero interno; y, segundo, porque respetó a los demás y a lo que le circundaba.

Él ofreció una visión de su ciudad que se halla dada, fundamentalmente, por sus paisajes coloniales. Tuvo un amor desmedido por Camagüey, insistió en lo más insólito y popular de la ciudad, en lo más perdurable y de recia raigambre integradora, vale decir, sus calles, plazas, iglesias, fachadas. En sus obras, le imprimió a los callejones y rincones del viejo Camagüey un colorido y una vitalidad inigualables. Con su amor por la ciudad,

por sus patios con sus estefanotes, madre selvas y tinajones, este artista dejó intacta en nuestras pupilas esa imagen pletórica en su diversidad de emociones y asombros.

Sin duda, Jorge Santos Díaz, «el pintor de Camagüey», abordó en su arte el enigma de la idiosincrasia de la camagüeyanidad, de la posibilidad única de acercarnos a nuestro pasado y admirarlo a través de las artes plásticas; pero, en especial, de hacernos el compromiso de mantenerlo vivo.⁹

Notas.....

¹ Este texto tiene antecedentes: la primera versión titulada *El universo artístico de Jorge Santos Díaz* (1997), sin remitirse a órgano de prensa alguno. Luego, con ciertos añadidos se amplió y publicó con el mismo título en *Tengo*, publicación cultural del semanario *Adelante* y la Uneac en Camagüey, nros. 4-98: 2-6. Más tarde tuvo una versión ampliada y definitiva, incluida en el libro *Los confines del hacedor*, Ed. Ácana, Camagüey, 2009, pp. 89-95, del autor de este trabajo, de donde se han tomado algunas partes para acompañar el texto escrito, especialmente para la revista de la OHCC, *Senderos*, que es el que se lee en estas páginas.

² Véase Desiderio Borroto Fernández, «Ciudad sumida», *Antenas*, Tercera época, (11): 33-34, Camagüey, enero-abril de 2004.

³ Cfr. Jorge Santos Caballero: *Entre esperanzas y desventuras: La Escuela Provincial de Artes Plásticas José Martí de Camagüey (1952-1962)*, Ed. Ácana, Camagüey, 2020. Texto en el que realiza un estudio pormenorizado de la existencia de esa escuela en el territorio y lo que aportó para la cultura local y nacional con su trayectoria.

⁴ Pavel Barrios: «Palabras al catálogo», Jorge Santos Díaz, exposición personal retrospectiva «Las deudas del Tiempo y de la Ciudad», Galería Uneac, Camagüey, 28 de abril de 2006.

⁵ Véase Raúl González de Cascorro: «Puerto Príncipe tiene su pintor», *La Nueva Gaceta*, 2(5): 19, La Habana, 1983.

⁶ Juan Gutiérrez Sastre: «Mujeres de Santos», *Adelante*, 37: 2, Camagüey, 15 de septiembre de 2007.

⁷ Pompeyo Pichs: «Camagüey a través del óleo y la acuarela», Suplemento cultural del semanario *Adelante*, 1: 2, Camagüey, agosto de 1978.

⁸ La primera versión de la entrevista con igual título apareció en la revista *Antenas*, 2(5): 42-44, Camagüey, julio-diciembre de 1992. La versión señalada en el libro de Jorge Santos Caballero, citada en la nota nro. 1 de este trabajo, es la aumentada con otras preguntas y respuestas no publicadas entonces en la versión de 1992, pp. 85-88.

Por los senderos de una

inolvidable camagüeyana:

Elda Cento Gómez

Sheila Barros Fals

Periodista-editora del
sitio web de la OHCC.

Fotos: Archivo de la OHCC
y archivo personal de Ariel
Machado Cento.

Elda Cento Gómez en el Memorial José
Martí del Cementerio Santa Ifigenia.



Escribir sobre Elda Cento Gómez, una apasionada del Camagüey y del amor de Ignacio Agramonte hacia su Amalia, resulta un privilegio. Mantener su memoria viva desde las anécdotas de quienes tuvieron la posibilidad de compartir tareas, proyectos, retos y obras con ella es aún más emocionante; con tal motivo caminaremos por los senderos de una mujer que supo imprimirle utilidad a cada segundo de su vida.

Entre vitrales y arcos que conservan su esencia, en el umbral del viejo edificio de El Carmen, sede de la Oficina del Historiador de Camagüey, espera **José Rodríguez Barreiras**, director de la institución, quien sobre la historiadora expresa:

Todavía sin darme cuenta tiendo a coger el teléfono para llamarla, conversar o preguntar. Eso sí, debía yo disponer de tiempo, pues las pláticas solían ser bien extensas. El sentido de la conversación siempre cambiaba de dirección, donde perdía la iniciativa y una avalancha de ideas me caía encima, algo así como una carrera contra el tiempo. No porque creyera ella que pronto le llegaría el fin, muy lejos de eso, se trataba de luchar

contra el tiempo en la preservación de la memoria histórica de la nación y donde una parte significativa se atesora en esta región del país.

«Una personalidad única, que solo quien la conoció de cerca sabe interpretar», así la describe nuestro interlocutor.

Amaba la vida y la disfrutaba. Su expresión de momento ante una circunstancia difícil era muy fácil de interpretar, el enojo o la ira en oportunidades aparecían en aquel rostro hermoso y cuidado, pero con la misma velocidad se trasformaba y se convertía otra vez en esa mujer alegre, bella, inteligente y pícaro, cualidades que matizaban su personalidad. Hay vacíos que de momento no podrán cubrirse y eso permite que se note aún más su ausencia, creo que por un buen tiempo.

Desde su cátedra interpretó magistralmente la función de la Oficina del Historiador en la salvaguarda del patrimonio cultural e histórico de la ciudad y la provincia. No siempre se logra vincular ese vasto conocimiento y formación intelectual con las necesidades y circunstancias de cada momento en este ámbito; pero ella, poco a poco, lo logró, fue entendiendo. Al principio relacionaba jocosamente a las labores de restauración, las palabras ladrillo y cemento, pero interpretó el papel de la historia



Elda Cento Gómez, Aimara Verá Riverón y Olga Portuondo Zúñiga.



Elda Cento Gómez en el sitio histórico La Demajagua.

en esos procesos que requiere también un alto desempeño técnico y científico. Y luego afinó su mirada que llegó a ser aguda en esos asuntos; los tuvo en cuenta como investigadora y en oportunidades formaron parte de las conversaciones que giraban en su contenido sobre problemáticas que hoy, por desdicha, son casi cotidianas.

Entendió desde una postura de vanguardia el rol de estas generaciones que compartimos época en los destinos del país utilizando como escudo la cultura. Se opuso a todo lo que conoció que pudiera lesionar esa premisa. Por eso —entre otras cosas—, desde el barrio de La Vigía llegó a presidir la Unión de Historiadores en el país, sin condiciones o facilidades materiales algunas, solo las imprescindibles; desde su casa y con sus medios personales cumplió esa responsabilidad.

La naturaleza de mujer sencilla la conservó siempre...

Sus traslados a otros sitios del país los hacía usando el transporte público. Nunca, ni por asomo, pretendió vivir fuera de su ciudad, cosa que le hubiese resultado muy fácil. Formó a sus tres hijos, en los que creyó, y el fruto de ese empeño dio excelentes resultados.

Me apoyó y asumió responsabilidades decisivas en proyectos realizados y en otros donde aún me embarga la insatisfacción profesional pues, en algunos casos, no pasan de ser utopías, pero la perseverancia me ha demostrado que no hay imposibles. Se acercó en su labor de investigación a Salvador Cisneros, a Joaquín de Agüero, Ignacio Agramonte; pero, sobre todo, a Martí. Irremediablemente no olvidaré nunca a aquella profesora un 28 de Enero disertar en el Instituto Superior Pedagógico José Martí sobre el Apóstol. Desde ese momento me cautivó y me hizo aquel día caminar hasta ella entre el tumulto de estudiantes para felicitarla y transmitirle mi admiración.

Se cuestiona y así cierra esta entrevista donde nos colma la emoción:

¿Qué lejos estaba yo de pensar que después sería mi amiga y colega? Pues hoy, Elda, vuelvo a moverme entre el tumulto de la distancia, me debato en la imposibilidad de tu presencia y trataré hasta el fin de no matar el instinto que me obliga a llamarte y sentirte. No habré olvidado y créeme que no solo yo me siento así.

*De la conmovedora historia que nos atrapa, ahora converso con **Lourdes Gómez Consuegra**, Premio Nacional de Arquitectura 2003, quien recuerda a Elda desde varias aristas:*

Al comenzar a investigar sobre la historia de Santa María del Puerto del Príncipe y su patrimonio cultural fueron imprescindibles los textos de Elda Cento Gómez; sin embargo, cuando comenzaron las relaciones de la Universidad de Camagüey con la Oficina del Historiador de la ciudad, Elda se convirtió en la colega con quien compartíamos reuniones, intercambiábamos ideas y conocimientos sumamente productivos.

Nuestro primer trabajo juntas como parte de un equipo multidisciplinario fue durante la elaboración de la Guía de Arquitectura y Paisaje de Camagüey y Ciego de Ávila, que se publicó en 2009 por la Junta de Andalucía de España. Elda llevó el peso del aspecto histórico y hubo un intercambio muy fructífero de opiniones, principalmente en el enfoque que debía darse a este libro que salió justo después de la declaratoria del centro histórico urbano de Camagüey como Patrimonio de la Humanidad.

Muy provechosos fueron los encuentros en su casa: discutíamos sobre la historia de la ciudad, nuestras opiniones, bibliografía... donde se develó el ser humano que

fue; su comportamiento, modestia y amabilidad, siempre presta al intercambio, hacían que el tiempo corriera sin sentirlo.

José Abreu Cardet, Premio Nacional de Historia 2018, resume en solo una frase a Elda, pues para él esta camagüeyana fue «protagonista»; así dijo: «En fin, era Elda, lo demás poco importa...» Afirma que no recuerda la fecha en que la conoció, pero sí las circunstancias:

Fue en una conferencia o evento que se desarrollaba en la plaza Vicente García, en Las Tunas. Lo que más me impresionó del encuentro no fueron los aportes de datos nuevos ni criterios novedosos, sino sus visiones y la forma de desmontar los acontecimientos históricos. Esa era una característica de ella. Influyó en mis formas de analizar el pasado. Por primera vez hago público un asunto, personalmente, significativo. Una cita de uno de mis textos en sus libros era indicación de que mi camino era correcto. Un premio que yo disfrutaba callado. Ella nunca lo supo.

Una vez que el manto del no regreso incluye a una persona, un criterio meloso sitúa al desdichado en el ámbito de lo angelical. Podíamos afianzarnos en tales visiones y hablar de sus muchas bondades de las que era propietaria y obviar ese carácter incisivo, esa devoción por la crítica, en ocasiones, nada agradable; pero ahora que nos falta podemos decir que necesaria. Disfrutamos de ese orgullo camagüeyano positivo y laborioso que iba repartiendo entre todos los que la conocimos. Es como la queremos recordar. Con ese brillo en sus ojos cuando nos dábamos cuenta que su criterio era el más lógico sobre un análisis histórico y al mismo tiempo ese apoyo que sabíamos que siempre encontrábamos en la amiga.

Ana Sánchez Collazo define a Elda como una camagüeyana auténtica, cómplice de una amistad sin límites. Sus palabras así lo expresan:

Conocí a Elda Cento Gómez en el año 1970, cuando ingresamos juntas en la Facultad de Historia de la Universidad de La Habana. Era muy alegre y ocurrente, apasionada por el teatro, pienso que no hubo obra que no viéramos en aquellos años; gustosa de leer y destacaba bastante en las clases de Historia del Arte que recibimos del inolvidable profesor Enrique Sosa Rodríguez. Sus intervenciones precisas e inteligentes no dejaban dudas de que la asignatura que más disfrutaba era la Historia de Cuba, con el excelente profesor Sergio



Elda Cento Gómez en la presentación del libro *Cuadernos de historia príncipeña 9* en Camagüey.



Elda Cento Gómez en la Mesa Redonda sobre el sesquicentenario de la Asamblea de Guáimaro.

Aguirre que la epíteto «la camagüeyana de ojos claros». Si algo distinguió siempre a Elda, fue su orgullo de ser de «el Camagüey».

Entre el estudio y las horas infinitas de intercambio se fue convirtiendo en una hermana.

En aquellos años en la Facultad se utilizaba un método de enseñanza de la historia muy exigente. Las infinitas guías de estudio contenían una amplia bibliografía de diferentes autores y había que dominarlo todo, pues en clases el profesor solo explicaba conceptos esenciales y propiciaba el debate a través de preguntas orales y escritas, por tanto, estudiar de verdad hasta altas horas de la noche era el único camino, razón por la que muchas veces Elda se quedaba en mi casa. Recuerdo cuánto le gustaba el café y, sobre todo, con leche, que tomaba muy despacito mientras estudiábamos.

Su cortesía, consideración y afecto propiciaron que en corto tiempo se ganara el cariño y la confianza de mis padres, tanto así, que se convirtió en la chaperona preferida, con la que me permitían salir con mi novio.

Tan fuerte fue la amistad que ni la distancia logró borrarla...

Cuando nos graduamos regresó a su querida ciudad y nuestra amistad continuó a través de cartas y llamadas telefónicas. Estas fueron las vías por las que me mantuve al tanto de la dedicación de Elda en el cuidado a sus padres, el esfuerzo para cumplir con su trabajo y las exigencias de una fructífera maternidad; porque puedo decir que ella educó a sus tres hijos con deleite de orfebre.

De su impronta inolvidable también nos contó Ana Sánchez:

A Elda, una de las cosas que más le gustaba era investigar y evidencia es la sólida obra académica que nos legó, enriqueció la historia local y la cubana, aportes que la convirtieron en acreedora de numerosos reconocimientos y premios.

Esta conversadora inagotable, de gran cultura y espíritu abierto, dueña de una oratoria brillante, de alto vuelo, de agudos análisis, profundo amor patrio, comprometida con la Revolución, de gran sensibilidad humana siempre supo atemperarse al nivel de un auditorio, cautivado y emocionado por su autenticidad, cubanía y pasión.

La virtud de cautivar al auditorio era una característica singular de Elda, también lo afirma el presidente de la UNHIC en Camagüey, **Ricardo Muñoz Gutiérrez**:

Se ganaba el respeto de sus alumnos, de tal manera que aún mucho después los oí llamarla o preguntar por «mi maestra»; y reír de sus formas de llegar al aula agobiada por la maternidad o crianza de un hijo. Así tuvo muchos alumnos y tres hijos, a pesar del «ruido» que le creaba al jefe del departamento docente por romperle la planificación del curso siguiente.

Fue abanderada de la enseñanza y divulgación de la vida y el pensamiento de Martí y de una forma particular de impartir docencia con la obra del Maestro que debemos retomar; creó la Cátedra Martiana en el Pedagógico y los «Lunes de La Liga», que cuando una día se fue a dirigir la Biblioteca Provincial «Julio Antonio Mella» llevó consigo. Como directora de esta institución dejó una huella que sus trabajadores conservan; en cierta ocasión tuve que decir unas palabras en honor a Elda, no mencioné su paso por esta; al concluir se me acercaron dos especialistas que fueron sus subalternos para criticarme la omisión y destacar sus aciertos.

La historiografía camagüeyana, y la cubana, se enriqueció con la obra de Elda. Su visión sobre la esclavitud en la región de Camagüey y Joaquín de Agüero será fuente de conocimiento permanente; igual sucede con la forma en que nos develó la vida en la ciudad y la situación y papel de la mujer en las contiendas independentistas, facetas de las guerras poco estudiadas porque se olvida que los conflictos bélicos van más allá de las acciones combativas.

¿Y los defectos? Los tuvo y no puedo dejar de referirme a las veces que la critiqué, me criticó, o discutimos por diferentes motivos y cómo, con el paso de los años, aprendimos a decirnos las cosas de forma

directa y sin preocuparnos por una mala interpretación. Estoy seguro que ese privilegio es casi exclusivo.

«Ella tenía tres hijos más una pena», así hilvanó sus palabras **Olga Portuondo**, Premio Nacional de Historia 2005, al referirse a Elda.



Elda Cento Gómez acompañada de Félix Julio Alfonso López en la presentación del libro *Cuadernos de historia principeña 9* en La Habana.



Elda Cento Gómez en la maqueta del Potrero de Jimaguayú, 2015.

Nos reconocimos un día en el Paseo del Prado habanero. Me despedí satisfecha de ganar una amistad duradera. No era la única seguridad. Aquel día partí con la convicción de haber tropezado con un espíritu enérgico apto para superar adversidades. Al hablar, Elda demostraba la capacidad de su intelecto, la experiencia de muchos años ante estudiantes de la enseñanza superior en su condición de profesora titular y máster en Cultura Latinoamericana (2004) y, en especial, un amor entrañable por la patria chica, su Camagüey. Elda Cento es paradigma de cómo la mujer tiene la facultad para superar adversidades y poner su linaje al servicio de la ciencia. Por tales razones, ostentó la distinción por la Cultura Nacional y recibió numerosos premios de crítica historiográfica por sus libros.

A su carácter invariable, donde está presente la camagüeyanidad, siempre gentil,

educada, de léxico florido y ritmo singular, se añade la manera propia en que las féminas abordan la historia. Ellas atienden mucho más a los detalles, a las costumbres y a la familia. De una carta de Ignacio Agramonte, Elda seleccionó un párrafo demostrativo del papel de la familia en el pensamiento del héroe: «Yo también tengo una esposa á [sic] quien adoro y un hijo; y para ellos más que para mí todavía quiero la independencia de Cuba; y por ellos más aún que por mí aborrezco las vejaciones del despotismo». Es la importancia de la familia en la conciencia del héroe.

La provincia de Camagüey se siente orgullosa de Elda Cento Gómez, como historiadora, como reflejo de las más puras tradiciones de su tierra natal, continuadora de aquellos que supieron transmitirla; yo también tengo que agradecerle por su gratificante amistad, por recibirme como un miembro más de su familia; por recordarme los restos de mi estirpe materna camagüeyana, por acompañarme entre las calles laberínticas de la singular ciudad, de los coches y cocheros que nos condujeron hasta su casa, siempre abierta de par en par, como si fuera la mía.

El turno para dibujar este sendero, donde Elda Cento sigue siendo luz, es para **Mildred de la Torre**, Premio Nacional de Historia 2016, quien nunca imaginó que hablaría de su amiga sin su presencia física:

Cálida, inteligente y orgullosa de su estirpe camagüeyana, nos mostró los caminos por los que había transitado a lo largo de su intensa vida científica y personal. No ocultaba su caudal de conocimientos a quienes requerían de su sabiduría y experiencia profesional, fuese un estudiante, colega o ciudadano de cualquier oficio y especialidad.

De ella conserva muchas anécdotas, pero hay dos que no podrá olvidar.

Recuerdo que en una visita que realizáramos al preuniversitario camagüeyano alguien le recordó, con admiración, una conferencia magistral que había impartido en



Elda Cento Gómez acompañada (izquierda a derecha) de Eusebio Leal, José Rodríguez Barreras, Jorge Luis Tapia e Irán Millán Cuétara frente al Teatro Principal de Camagüey.

la universidad sobre Ignacio Agramonte y, agradecida, le dijo que lo importante era conservar la memoria de quien era grande entre los grandes y no su intervención: «Agramonte, repitió, es a quien no debe olvidarse».

Caminar con ella por la ciudad implicaba saludar a decenas de personas y no pocas veces detenernos a conversar sobre cualquier tema. Curiosa hasta la saciedad, no pasaba inadvertido el mundo que la rodeaba, por pequeño o grande que fuese su contenido.

En 1998, al fragor de los debates en torno al fin de la dominación colonial española en Cuba, coincidimos en Santiago de Cuba durante un congreso de historiadores. Algunos, entre ellos españoles, defendieron la tesis que apoyaba la preminencia de la corona hispana en Cuba frente al poderío militar norteamericano. Elda, como muchos de nosotros, refutó semejante valoración colonialista.

Al escucharla pensé en Amalia Simoni, Ana Betancourt y Aurelia Castillo de González. Elda expresó en voz bien alta que los españoles vinieron a Cuba a matar mambises y no a protegerlos del recién surgido imperio norteamericano. Otra interpretación era falsear la verdad histórica en beneficio de los oportunistas de ocasión.

Logró en sus estudios concatenar lo nacional con lo específico regional para evidenciar que la diversidad es parte de la conformación cultural de la nación. Las miradas de Elda hacia la historia estuvieron dirigidas desde el presente, que ella supo vivir con intensidad. Su excelente escritura es digna de una escritora de altos vuelos que revela su cultura sabia, sensible y respetuosa hacia el universo al que deseaba convencer con su magisterio de historiadora. No puedo sustraerme del dolor de su pérdida física. Pienso en la camagüeyana ilustre, en la patriota convencida de los ideales nobles y justos de quienes construyeron el país que somos, en la mujer, madre y abuela, en la persistente y curiosa investigadora, en la aguda crítica y en la fiel amiga. Se nos marchó inesperadamente de nuestras vidas, pero quedó su obra imperecedera.

Con su legado de amor, camagüeyanos y cubanos continuaremos construyendo la historia de un terruño y una nación, caminaremos orgullosos por los senderos de una inolvidable camagüeyana.

Panorama de un SUEÑO hecho REALIDAD



Caridad M. González Edwards

Directora de la Sala de Conciertos
José Marín Varona.

Lourdes María Cepero Estrada

Pianista y profesora.

Fotos: Archivo del Departamento
de comunicación de la OHCC y colecciones per-
sonales de las autoras.

Los amantes de la música de concierto de nuestra hermosa y culta ciudad de Camagüey tuvimos siempre el anhelo de poseer una sala de conciertos como entidad independiente. Varios espacios acogieron la obra de concertistas, entre ellos los teatros de la Escuela Vocacional de Arte Luis Casas Romero y el Conservatorio José White, el local de ensayos de la Orquesta Sinfónica de Camagüey —sitio que muestra su repertorio en beneficio de la comunidad, aunque carece de las condiciones acústicas idóneas— y la pequeña sala de música de la Biblioteca Provincial Julio Antonio Mella.

La necesidad de una sala de conciertos con las apropiadas condiciones acústicas, el confort y las características técnicas requeridas, tanto para los instrumentistas como para el público admirador de la buena música, fue un reclamo reiterado de los concertistas. La OHCC atendió a nuestra solicitud y de esta forma se hizo realidad un antiguo sueño, por lo cual los músicos príncipeños estarán eternamente agradecidos.

La prensa plana reseñó con gran alborozo la inauguración de la sala: «Ya tenemos sala de conciertos»,¹ así decía el titular del semanario *Adelante*, mientras que el del periódico *Granma* resaltaba: «Otro acierto en favor de la cultura»,² y luego señalaba: «Tras siete meses de arduo quehacer restaurador abrió sus puertas, en esta ciudad patrimonial, la Sala de Conciertos José Marín Varona, una joya arquitectónica puesta al servicio de la cultura local que mucho agradecen los cultores y amantes de la música clásica».³

Evolución del espacio

Ubicada actualmente en Antonio Luaces nro. 102, entre República y San Pablo, muy cerca del parque



A Piacere en Concierto Inaugural. Foto *Granma*.



José Rodríguez Barreras, director de la OHCC e Irma Horta Mesa, directora provincial de Cultura (2010-2017) en la inauguración de la Sala de Conciertos.

Agramonte, la construcción original data de 1758 —entonces calle San Francisco nro. 9, entre Reina y Torres Lasqueti—. Fue comprada en el siglo XIX por el abogado Francisco Zayas Bazán Varona, quien construyó un edificio de dos plantas en 1870. Allí vivieron Carmen Zayas Bazán Hidalgo y su hijo José Francisco, fruto de su unión con José Martí Pérez, lo que confiere a la edificación un alto valor histórico.

A través del tiempo la antigua casa colonial tuvo diversos destinos. Acogió a las Madres Ursulinas en la primera década del siglo XX, fue posteriormente la sede de la Congregación de las Hermanas de María Reparadora y luego del triunfo revolucionario el Estado le dio varios usos hasta establecer allí la escuela primaria Renato Guitart Rosell. Dentro de este amplio conjunto arquitectónico la sala de conciertos ocupa el local de la antigua capilla de las Hermanas de María Reparadora, cuya ampliación en 1950 le confirió al espacio la estética neogótica que conserva actualmente.

Por último, en 2016, se emprendió una ardua labor de recuperación y se logró una «joya arquitectónica», que ofrece a agrupaciones de pequeño o mediano formato y a conjuntos vocales un nivel acústico adecuado para la ejecución de la música de concierto. La intervención fue reconocida en 2018 con la primera mención del Premio Nacional de Restauración, otorgado por el Consejo Nacional de Patrimonio y con el Premio de la Unión Nacional de Arquitectos e Ingenieros de la Construcción de Cuba, uno de los más importantes lauros colaterales del certamen.

Sala de Conciertos José Marín Varona

Por sugerencia de la Asociación de Músicos de la filial camagüeyana de la Uneac, a la sala se le otorgó el nombre de José Ángel Marín Varona, figura insigne de la cultura territorial y nacional, considerado como uno de los creadores más representativos de la música de salón en la Cuba decimonónica. Marín Varona fue autor de un extenso catálogo en el que destacan zarzuelas y danzas con indiscutible sello de cubanía, difundidas y premiadas no solo en Cuba, sino también en América y Europa. En su perfil de pedagogo destacan la literatura pianística para niños y obras de contenido teórico.

En el concierto inaugural, celebrado el 23 de julio de 2017, fueron interpretadas varias de sus piezas por los dúos A Piacere, Voces y A tempo, como parte de un selecto repertorio de música cubana. A Piacere, con su formato único en Cuba de contrabajo y piano, comenzó el programa inaugural con obras de otros compositores, pero cerró la velada con cuatro de Marín Varona: la habanera *Rosita*, la romanza *Acuérdate de mí* y los caprichos cubanos *Page of life* y *Camagüeyana*. El dúo Voces ofreció *Solo tú*, *La*



Dúo Voces en el concierto inaugural de la sala.

flor marchita y *Dame un beso*; mientras que A tempo, el *Popurrif cubano* en versión para piano a cuatro manos. El programa resumió los principales hitos de la trayectoria vital del notable camagüeyano. Entre los espectadores se contó con la participación de las máximas autoridades de la provincia y la OHCC.

Cada año, esta fecha se convierte en motivo de celebración y agradecimiento a instituciones que forman parte del quehacer de la sala como el Sectorial Provincial de Cultura, el Centro Provincial de la Música, de Cine, del Libro y la Literatura y la Asociación Hermanos Saíz; sobre todo, al público que nos visita y a la comunidad



Concierto en tiempos de pandemia.

por ser parte activa de su preservación. El dúo A Piacere se une a la festividad con un «Concierto Aniversario», también han compartido escena con el dúo Voces y otros artistas invitados. En esta tercera ocasión se presentaron solos para respetar las medidas de distanciamiento social; no obstante, se logró conmemorar la fecha con el único concierto ofrecido desde que comenzara la pandemia.

Desde la fundación del centro el equipo de trabajo decidió abordar la obra del insigne músico y patriota príncipeño Marín Varona, lo que ha permitido enriquecer el repertorio de nuestras agrupaciones y con ello el patrimonio musical de



Coro de Camagüey.
Cuarteto de clarinetes Matices.
Orquesta de guitarras Santa María Excorde.



Orquesta Sinfónica de Camagüey y la flautista suiza Antipe Da Stella.
Orquesta de Cámara, dirige el maestro Juan Ramón Orol.

Camagüey. En el 160 aniversario de su natalicio se realizó un concierto con algunas de sus obras infantiles, también contó con la colaboración de la Dra. C. Verónica Fernández y estuvo protagonizado por estudiantes de la Enseñanza artística.

Durante estos tres años, además de los conjuntos de cámara mencionados, se han presentado diferentes géneros y formatos musicales, incluyendo el trabajo instrumental, vocal y vocal instrumental. El catálogo de los músicos de concierto del Centro Provincial de la Música en Camagüey ha frecuentado nuestro escenario. Valdría destacar las funciones realizadas por el Coro Profesional, el cuarteto de clarinetes Matices, Orquesta de guitarras Santa María Excorde. Se ha presentado, por dos años consecutivos, la flautista suiza Antipe da Stella, mostrando al público obras nacionales y universales junto a la Orquesta Sinfónica, la orquesta de cámara José Marín Varona, con los que ha interpretado danzones con arreglos del músico Juan Enrique Carballo.



Vocal Leo y la maestra Corina Campos Morales.
Joaquín Clerch.

La sala también ha acogido a otros artistas distinguidos nacional e internacionalmente, entre ellos el conjunto de música coral Vocal Leo, el guitarrista Joaquín Clerch y el contrabajista Gastón Joya, quienes han impartido clases magistrales a músicos y estudiantes de la Enseñanza artística. Recibimos además a la Schola Cantorum Coralina, reconocida hoy como una de las más destacadas agrupaciones corales de Cuba.

No solo conciertos

La sala de conciertos, como institución sociocultural de la OHCC, promueve el patrimonio musical y pretende mantener el diálogo con los integrantes de las comunidades aledañas al inmueble, haciendo énfasis en la ciudad como expresión de la identidad camagüeyana. Con esta intención se han establecido vínculos de trabajo e implementado convenios de colaboración con las autoridades municipales y provinciales del Ministerio Educación, de la Enseñanza artística y las instituciones culturales, así como con los centros educacionales cercanos. Esta labor ha propiciado que



Gastón Joya y Adrián Estévez.
Schola Cantorum Coralina.
Vista panorámica de la Sala de Conciertos.

la sala se convierta en un espacio de intercambio y extensión comunitaria.

La actividad «De música se trata» propone conciertos para niños —protagonizados por el Dúo Lírico Dalmau— que muestran obras relevantes del repertorio musical de concierto para voces y piano, compuestas por autores camagüeyanos, nacionales y foráneos. Dicho espacio, rebautizado por su público como «Concierto cubano para los niños», también trabaja el montaje de piezas del repertorio infantil.

Con los estudiantes de las escuelas primarias Renato Guitart, Carlos Manuel de Céspedes y José Luis Tasende, ESBU Inés Luaces y otros centros



Dúo Dalmau.



Payaso Chocolatiqui, Reinier Elizarde Valier.

educacionales se realizan disímiles actividades: «Entre risas, adivinanzas y canciones», con payasos que colaboran en el reconocimiento de las obras, instrumentos y efemérides musicales relevantes; «Te canto un cuento», espacio que incorpora a escritores de cuentos infantiles y que fomenta el hábito de lectura, y «Conozco y aprendo», dedicado a la Enseñanza especial que incluye el trabajo con maestros y padres. También el trabajo comunitario de la institución está asociado al Hogar de ancianos Padre Olallo y al Centro Provincial de Salud.

La sala se inserta de forma colateral en importantes eventos culturales como la Feria Internacional del Libro, el Taller Nacional de la Crítica Cinematográfica y El almacén de la imagen. En el contexto de estas actividades se desarrollan conciertos temáticos que responden a las características de cada manifestación, experiencia que va creando adeptos y un auditorio diferente al habitual.

Iniciamos, además, un proyecto llamado «Mi plaza, mi música, mi orquesta», con el interés de llevar la música de concierto y popular de concierto más allá del umbral de nuestra institución cultural. Con dicho propósito, el 20 de octubre de 2018 en la plaza de los Trabajadores, la Orquesta Sinfónica presentó un variado repertorio con enfoque didáctico, en el que predominó la música cubana. Se involucra en este proyecto a la Banda Provincial de Conciertos, que ofrece un programa para niños y adolescentes; se propone expandirlo a otros formatos musicales y al resto de las plazas de la ciudad con valor histórico y patrimonial.

En conjunto con el Departamento de Colaboración Internacional de la OHCC se propuso el desarrollo del proyecto de impacto social «Géneros de la música popular-tradicional cubana como expresión del patrimonio: formación cultural de niños y adolescentes camagüeyanos», hoy se conoce como «Patrimonio, rumba y punto» y garantiza la continuidad de los géneros rumba y punto cubano, declarados por la Unesco Patrimonio Cultural de la Humanidad. El proyecto, dirigido por la Lic. Caridad González Edwards, directora de la

sala de conciertos desde su fundación y profesora, permitirá realizar una labor educativa eficaz para fomentar la difusión de estos géneros y de la música en general, con la pretensión de que niños y adolescentes crezcan como ciudadanos íntegros en el seno de sus familias, la escuela y la sociedad.

La agrupación Rumbatá, con su sello único en la creación de una rumba auténtica, inspirada en la historia y la cultura camagüeyanas, apoya el proyecto junto a los poetas Nelson Lima, Héctor Peláez y la tonadista Eneida Sosa. Todos ellos —y con el soporte logístico de la ONG suiza Camaquito y la red de instituciones de la cultura: Sectorial Provincial, Centro Provincial de Casas de Cultura, Brigada de Instructores de Arte José Martí— contribuyen a la preservación y divulgación del patrimonio cultural de la ciudad, específicamente de estos dos géneros musicales.

Los músicos, artistas de otras manifestaciones y el público fiel que nos acompaña, mostrándonos su preferencia, han recibido siempre la cordialidad y dedicación que caracterizan al equipo fundador de la sala, trabajadores que mantienen la pasión por su institución y los deseos de seguir su labor dentro del quehacer sociocultural de la provincia y el país.

Han pasado algo más de tres años y la sala continúa vistiendo sus mejores galas. Agradecidos y felices de tenerla, estamos comprometidos a conservarla.

Sí, un sueño hecho realidad.

Notas.....

¹ Yang Fernández Madruga: «Ya tenemos sala de conciertos», *Adelante*, Camagüey, 29 de julio de 2017.

² Miguel Febles Hernández: «Sala de Conciertos José Marín Varona de Camagüey. Otro acierto en favor de la cultura», *Granma*, La Habana, 25 de julio de 2017.

³ *Ibíd.*

De la Casona Tínima a la Casa Quinta Simoni

Jesmir Varona Socías

Cronista de la OHCC.

Fotos: José Antonio Cortiñas Fryman.



Desandando la historia, conocimos que cada 23 de diciembre, desde 2006, se conmemora un aniversario más de la declaración como Monumento Nacional del museo Casa Quinta Simoni. La fecha invita a visitar el bello sitio que evoca paz y misterios.

Desde el patio de la fuente, la especialista Ederlins Dodier, una joven apasionada por la historia, conduce a los visitantes por la casa donde vivió Amalia Simoni Argilagos a partir de los seis años hasta desposarse con su amor eterno Ignacio Agramonte y revive todas las anécdotas que surgieron de este romance.

La casona

Según las investigaciones, la casa es la única de su tipo que se conserva en las inmediaciones

de la ciudad. Es de estilo neoclásico y fue llamada «Tínima» porque el río de igual nombre atraviesa una sección de su terreno.

La mansión contó con grandes novedades en su época de esplendor, pues el propietario, el médico José Ramón Simoni, implementó algunas ideas que trajo de Europa como el sistema de desagüe para el baño y la cocina, la plancha metálica sobre el carbón para avivar el calor de las ollas y la amplia terraza que sobrepasa las dimensiones tradicionales.

La casa quinta desde 1991 es un singular museo ubicado en la calle General Gómez nro. 608. Más allá de su ambientación correspondiente al siglo XIX, curiosas piezas hablan del pasado de la familia Simoni Argilagos. Sobresalen en su diseño los dos patios interiores,



típicos de las más añejas viviendas de Puerto Príncipe, con sus tinajones, un pozo en el centro y abundante vegetación.

Las colecciones

Durante el recorrido se observan varios de los objetos personales de Amalia Simoni que nos acercan a esta refinada y sensible camagüeyana. Mucho agrada a los visitantes el abanico de Amalia, la silla donde aparece retratada ya anciana junto a sus nietos en el patio y algunas fotografías con su hermana Matilde. Cautiva la carta del 23 de marzo de 1914, dirigida a su hija Herminia, en la cual desborda cariño y preocupación por ella y sus nietos

que se encontraban viviendo en la capital. Al leer tal documento, más allá de las emociones, se revela una cuidada caligrafía y es la única carta original que se conserva.

El amor pervive en la vegetación

En el patio, frente a la glorieta donde Ignacio y Amalia tejieron sus sueños de amor, se halla algo más de la magia que envuelve a la casona.

Desde 1992, cada 1º de agosto allí se realizan las bodas simbólicas de aquel amor idílico. Cuentan que la primera pareja en casarse tuvo un hijo al que llamaron Ignacio y nació el 10 de junio, como Amalia, conjugando en el pequeño algo de los dos amantes.

El amor del mambí y la valiente dama realmente fue para siempre, hasta la vegetación del sitio lo afirma; pues muchos de los árboles y flores que rodean la glorieta tienen el tallo doble, simulando dos corazones en un mismo cuerpo. Por eso el árbol de mamey que menciona en su epistolario, hoy cargado de frutos, creció por encima de los comunes con su tronco bifurcado. Los románticos suponemos que allí se unen en el abrazo eterno los protagonistas de un sentimiento, más allá del tiempo y la muerte.

